

EL FUSIL

SEMANARIO RADICAL

ÓRGANO OFICIAL DEL SENTIDO COMÚN

Siglo II.—Año XIII.—Disparo 602.

OFICINAS:
Calle de los Caños, núm. 4, 1.º Derecha.

PRECIOS:
Provincias (un año)..... Tres pes.
Extranjero (dos años)..... Dos »
Número cuente corriente..... 5 cént.
» » extraordinario..... 10 »
» » atrasado..... 25 »

Para los pagadores: á 9 céntimos.
Extraordinario: á 8 céntimos
(sólo 5 ejemplares en adelante.)

PAGO ADELANTADO
de libranza del ítem 6 de la Prueba, sobre mandado
ó letra de fácil cobro.
NO SE ADMITEN SILLAS

Vea la correspondencia al administrador

D. José Arrufat.

Madrid 19 de Marzo de 1910.

YO TIRO SIN COMPASIÓN,—YO NO ADMITO SUBVENCIÓN—NI ME CASO NI ME VENDO,—DE ENTÓNICAS NO ENTiendo—Y AL LADRON LLAMO LADRON

¡SI, SEÑORI!

Ha salido ya

el pistonudo *Almanaque* de EL FUSIL para 1910, formando un tomo de 96 páginas con una bonita cubierta ilustrada.

Contiene artículos de actualidad del más puro carácter fusilero, cuentos en serio y en broma, versos intencionados, chistes y chascarrillos y gran número de chispeantes caricaturas debidas al lápiz de Moya.

Como en años anteriores, se regala el *Almanaque* á los suscriptores que reciban el periódico directamente de esta Administración y que tengan pagado el año adelantado.

Los que se pongan al corriente y los que se suscriban de nuevo, recibirán también el *Almanaque* mientras nos queden ejemplares.

RÉGIMEN DE "CINE"

Es bien sabido de todos que los proyectos hidráulicos del Sr. Gasset son puras andróminas para pasar el rato y para gastar unos cuantos miles del presupuesto en favor de los amigos.

Así como *Barba Azul* tenía un cañón que no disparaba y *Móstoles* un órgano que no sonaba, del mismo modo Rafaelito Gasset tiene un plan de caminos vecinales, otro plan de pantanos, un tercer plan de canales de riego, que son perfectamente irrealizables por falta de dinero, pero que le sirven admirablemente para tener una bandera con que arramblar con el ministerio de Fomento y para crear organismos con buen golpe de empleados de mucho sueldo y ningún trabajo.

Supongamos, sin embargo, que los planes de Gasset no son andróminas; que en el Tesoro nacional existen fondos suficientes para convertir en una bella realidad esa inmensa red de caminos vecinales, esa obra magna de los pantanos y canales de riego; que esos sueños pueden tener vida, merced á las aptitudes y energías de un ministro.

¿Qué pasaría entonces?... Una cosa verdaderamente irritante; que esa obra magna de fomento de la riqueza pública no podría llevarse á cabo por causa de la inestabilidad de los ministros y de los gobiernos.

Gasset fué ministro con Silvela y á los pocos meses cayó rodando. Fué más tarde ministro con Moret y tampoco duró en el cargo más que otros pocos meses. Después volvió á ser ministro tres días, y ahora ha vuelto á serlo durante cuatro meses.

¿Qué diablos habría podido hacer en tan cortos periodos de estancia en el mi-

LO QUE VA DE AYER A HOY



Macías, á raíz de las denuncias.



Macías, después de la sentencia.

nisterio de Fomento?... ¡Ni siquiera trazar las líneas generales del más insignificante proyectol Y así que hubiese tenido puesto el hilo en la aguja... ¡viajeros al tren! ó... ¡ahuequen!

El ministro sucesor, partidario de hacer la regeneración por la vía seca, sólo por llevar la contraria al ministro de la vía húmeda, habría quitado el hilo á la aguja y estaría trazando las líneas generales de sus nuevos proyectos, cuando volvería Gasset al ministerio. Y vuelta á empezar, y vuelta á caer, y así sucesivamente, hasta que Dios se apiade de nosotros y nos dé un sistema de gobierno que ofrezca á los ministros el tiempo necesario para realizar sus proyectos, conservarlos si resultan buenos, ó cambiarlos por otros si dan mal resultado.

Claro está que aquí, en el caso de Gasset, no se pierde gran cosa con que no haya tiempo de hacer nada práctico, porque los milagros hidráulicos que Rafaelito haga y las cotufas que dé el golfo, se parecerán como un huevo á otro huevo. Gasset ha tomado hecho eso de la política hidráulica, como podía haber tomado el fomento de la enseñanza, el cultivo de la remolacha ó el estudio de la vía láctea; y mientras le haga eso ministro, seguirá explotándolo.

Pero podría darse el caso de que un ministro discurriera una cosa, no sólo buena, sino también factible; y á ese ministro le ocurriría lo propio que á Gasset con sus pantanos y canales; que tendría que ahuecar cuando empezara á realizar sus proyectos.

De este modo no puede haber nada útil ni provechoso para el país. Entran los ministros por la puerta del favor ó de la conveniencia política en cualquier departamento; y cuando apenas si han tenido tiempo de hacerse cargo de los asuntos que les están encomendados, ya les llega la hora de recoger los papeles. Si han hecho alguna burrada, hecha se queda, porque el sucesor la deja para poder decir que el anterior ministro era un borrico; y si habían empezado alguna cosa buena, se deshace en seguida ó no se prosigue, para que no se diga que el antecesor hizo algo digno de aplauso.

Yo no sé si Martínez del Campo llevaba algo aprovechable dentro de la cabeza ó si era un alcornoque rematado, pero llevaba catorce ó quince años en la presidencia del Supremo y podía conocer los defectos de la organización judicial y las máculas de la administración de justicia. Así es que me pareció bien su nombramiento para ese departamento. Pero, hete ahí que tuvo que largarse antes de que pudiera hacer nada y venga un nuevo ministro.

¡Cualquiera diría que ese régimen parlamentario que padecemos no fué inventado más que para que unas cuantas docenas de nulidades pudieran ser ministros y adquirir de este modo el derecho á cobrar durante toda su vida el momio de las siete mil quinientas pesetas anuales!



UNO QUE SE VA

La gente está hondamente preocupada al saber que Besada (don Augusto) se retira, por no sé qué disgusto á la vida privada. La noticia es verídica, y merece que se le haga un pequeño comentario, porque á mí me parece que se trata de un caso extraordinario,

rasgo revelador de una energía digna de alzar á don Augusto un templo, y en el que hubiera el anhelo de tomar ejemplo. ¿A qué obedecerá la retirada del señor de Besada? ¿Es que el prócer gallego, que un día prometió dar mucho juego, de aquí se nos ausenta para poner por su cuenta? Si no fuera indiscreto yo haría esta pregunta al buen Besada: ¿Tendrá Maura el secreto de tan inverosímil retirada? Y Canalejas, jeabe á qué obedeces decías tan grave? Yo de esto no sé nada; pero apuesto que en esa retirada cuyo origen se oculta y se remora, por mandatos tal vez ó por consejos, no debe de andar lejos la mano pecadora de La Cierva. ¡Porque se sabe ya cómo las gasta, La Cierva, que es político de casta!

Yo aplaudo decisión tan comentada, porque creo, y lo juro si es preciso, que si todos siguiesen á Besada, nuestra España sería un Paraíso!

CANALEJAS, ÍNTIMO

Don José Canalejas es el hombre más modesto que conozco.

Enemigo de toda clase de exhibiciones, sufre lo indecible en cuanto se ve ante el objetivo de una máquina fotográfica.

Así es que cuando yo le indiqué la pretensión de hacer una información íntima de su persona, se negó resueltamente á ello, fundándose en que no le gustaban esas cosas.

Pero ¡bueno soy yo para detenerme ante tan pequeño obstáculo!

Me propuse realizar mi propósito, y lo conseguí cumplidamente.

Vive el señor Canalejas en un espléndido palacio, situado en la calle del Príncipe, que perteneció á una ilustre dama, cuyo nombre sonó mucho cuando la Restauración, y más tarde se hizo popularísima en la Casa de Cánónigos.

Pero corramos un velo...

Custodian la puerta de la morada presidencial dos guardias de seguridad, precisamente los mejor plantados de tan sufrida corporación.

Los guardianes del señor Canalejas, persuadidos de la augusta misión que les está encomendada, miran á todo el mundo despectivamente, y dirigen á cuantos pretenden entrar en el palacio, miradas inquisitivas.

Con los guardias, comparte la vigilancia de la portería del presidente, un portero de galoneada librea

que está fijo y sin chistar, á manera de atalaya para decir al que vaya que no se puede pasar.

Pero eso no reza con los periodistas. Los hijos de la prensa tienen franco el acceso á aquella casa. Así es que apenas exhibí el carnet que acredita mi condición de periodista, los guardias me saludaron militarmente, y el portero se descubrió, haciendo al mismo tiempo una genuflexión tan acentuada, que llegó á formar con las posaderas el vértice de un ángulo de cuarenta y cinco grados.

Apenas traspuse el umbral de la puerta, me tropecé con Valentín Gayarre, uno de los íntimos del presidente, y uno de los que forman su guardia de honor.

A los pocos pasos, ví á Uría, otro de los inseparables de D. José, y poco más adelante, encontré á Palomo y á Herrero, también de los de la guardia.

Y ahora ahí va lo que ví y lo que supe. El señor Canalejas tiene el feo vicio de madrugar. Abandona el lecho á la hora en que se retiran los serenos y salen á la calle las burras de leche para llevar la salud á domicilio.

Seguidamente, D. José dedica unas horas al aseo y embellecimiento de su persona, porque como aún está de buen ver, y tiene á quien agradar, no quiere que le tachen de desaliñado.

Mientras se lava, peina y riza el bigote, redacta á Zancada, su secretario particular, las últimas cuartillas del prólogo de una obra titulada *Estudios sobre la patata manchega: sus relaciones con la remolacha*.

Después, acompañado de Uría, Herrero, Palomo y Gayarre, oye misa en el oratorio particular de su palacio.

Porque he de advertir á ustedes que el señor Canalejas es un creyente fervoroso, aunque otra cosa crean los que ven en él un enemigo del dogma. Todo esto es bueno para el mitin y para el periódico; pero en casa... ¡en casa es otra cosa!

Terminado el cumplimiento de esta sagrada obligación, D. José, llevando siempre al margen á Herrero, Uría, Palomo y Gayarre, toma el desayuno, que consiste en chocolate con picatostes, unas veces, y otras con torta de Alcázar.

Mientras saborea el clásico soconuso de nuestros mayores, Gayarre le lee la prensa de la mañana; Herrero le da cuenta del movimiento literario de las últimas veinticuatro horas; Uría le lee el prólogo de la última obra publicada, porque D. José lee todos los prólogos habidos y por haber, y Palomo le recita pasajes de *La Araucana*.

Terminado el desayuno, Canalejas se encierra en su gabinete de trabajo, siempre acompañado de los dichos señores, y se dedica á despachar la correspondencia recibida durante la noche anterior.

En esta operación le auxilian Palomo en lo político; Gayarre, para hacer honor á su apellido; Herrero, en lo literario, y Uría en todo lo demás.

A las once se traslada D. José á la presidencia, donde ya le están esperando los aspirantes y pretendientes que acibarán la existencia de todo hombre ilustre, sobre todo, cuando está en el poder.

Allí hay senadores, diputados, banqueros, títulos del reino y periodistas.

Don José recibe, ante todo, á los periodistas, para todos los cuales tiene frases cariñosas, sonrisas amables y afectuosas palmaditas en el hombro.

—¡Hola, compañeros!—les dice apenas los tiene en su presencia.

Porque D. José, ante todo, quiere conservar su condición de periodista. ¡MUCHÍSIMAS GRACIAS, COMPAÑERO!

Don José, en tono familiar, dice á los chicos de la prensa todo cuanto sabe y algo más.

Expone sus proyectos, hace nuevas y sensacionales declaraciones, tiene bromas sobre la próxima lucha electoral, y dice con el tono de un convencido que en Ceuta no ocurre nada de particular.

Se retiran los periodistas, y un minuto después, los hilos del telégrafo y los del teléfono, esparcen por todá la península las declaraciones presidenciales.

Luego comienza el desfile de pretendientes, á todos los cuales despacha don José con una sonrisa amable y con una promesa consoladora.

Después, se dedica á la firma del despacho ordinario; redacta los preámbulos de diez ó doce decretos; conferencia con Merino sobre asuntos electorales; con Arias Miranda sobre el proyectado viaje al Ferribl; con Aznar sobre los asuntos marroquíes; con Romanones sobre las escuelas laicas; con Calbetón sobre carreteras; con García Prieto sobre cuestiones internacionales, etc., etc.

Terminadas estas conferencias, va á visitar á Maura; celebra una *interviú* con un periodista extranjero; firma cuarenta

tarjetas postales, pone un pensamiento en un álbum, y da la lección de inglés.

Luego, á comer. No hay para qué decir que el señor Canalejas, como buen español y como buen *burgués*, come su cocido correspondiente, un cocido decoroso, y siempre acompañado de Uría, Herrero, Gayarre y Palomo.

Durante la comida, dichos señores le ponen al corriente de todo cuanto pasa, de lo que se dice, de lo que se cuenta, de lo que se miente. Le aseguran que Moret es un cadáver político; que Montero, en cuanto le hagan ministro á Vincenti, es inofensivo; que nada hay que temer de Weyler, y que el partido democrático, si hace las elecciones (¡ay, si las haces!), tiene cuerda para una barbaridad de años.

Don José, al oír estas cosas, come y sonríe, porque le suena muy bien en sus presidenciales oídos todo cuanto oye á los soldados de su guardia de honor.

Después de la comida, D. José visita al embajador francés; recibe á una comisión del ayuntamiento de Alcoy, que viene á entregarle una caja de *peladillas* de honor, como prueba de admiración y cariño á su diputado; visita una Casa de socorro, para convencerse de lo mal instaladas que están todas ellas; conferencia con Perico Niembro sobre la organización de las fiestas de Mayo; habla con Merino sobre lo del *encasillado*; visita inopinadamente una escuela de párvulos, y, por último, se va á dar un paseo á la Moncloa, según lo hacían, para oxigenar los pulmones, sus antecesores Sagasta y Moret.

A su regreso de paseo, preside tres ó cuatro sesiones de otras tantas academias ó sociedades; se pone al habla con Sevilla; toma el *vermouht*, naturalmente, acompañado de Palomo, Uría, Gayarre y Herrero; va á la presidencia, firma; celebra ocho ó diez conferencias telegráficas con otros tantos gobernadores, y... ¡á comer!

Luego al teatro. D. José, como artista, va á la Princesa ó á la Comedia; pero, si se terciara, no deja de ir á Eslava á ver *La república del amor* ó *La corte de Farabón*, porque para un artista, todo es arte.

A su regreso de esta pequeña expansión que da al ánimo, aún le queda tiempo para visitar el estudio de Saint-Aubin, donde admira el último cuadro de este artista, y charla con él largamente sobre los cuatro ó cinco duelos que se están arreglando para el próximo día.

Y, por último, acompañado de los señores Uría, Palomo, Gayarre, Herrero y Texifonte Gallego, que ya ha salido de la oficina, se va á un cafetín económico, con el fin de averiguar cómo vive la gente del pueblo, sobre todo, la que tiene poco dinero.

Tal es la vida que á diario hace el activo D. José.

Me parece que pedir más es gollería.

¿Y DEL INDULTO, QUÉ?

No tengo noticia de que se haya tratado todavía por los que deben hacerlo, de la concesión del indulto á Macías. Mientras van saliendo á la calle verdaderos criminales, merced á una medida de naturaleza política, sigue privado de libertad la víctima de sugestiones ajenas.

La prensa del trust, ó parte de ella, ha abogado por el indulto, pero se ha limitado á una sola excitación y aun como por compromiso. Es necesario apretar de firme, tan de firme por lo menos como se apretó contra el gobierno de Maura y contra la casa Vickers, tomando por instrumento la denuncia de Macías.

Para ser buen fusilero hay que armar un compañero.

